

XII
Premio

ISABEL
ALONSO

Relato corto

Relatos
ganadores

**XII
Premio**

**ISABEL
ALONSO**

Relato corto

Relatos ganadores



Isabel Alonso nació en Madrid en 1928. A principios de los sesenta, Isabel se traslada a vivir a Santa Coloma de Gramenet, concretamente al barrio de Les Oliveres. Isabel fue, a lo largo de toda su vida, una mujer comprometida con la democracia, pero sobre todo con la lucha por la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Fue miembro de la Asociación de Vecinos de Les Oliveres desde sus inicios. En el año 1986, junto con otras mujeres del barrio, fundó la Asociación de Mujeres de Les Oliveres, de la que, desde entonces y hasta prácticamente su muerte, en el 2006, fue presidenta. También fue fundadora de la Coordinadora d'Associacions de Dones de la ciudad. Esta entidad ha querido homenajear a Isabel con la creación de un premio literario que lleva su nombre.

XII Premio Isabel Alonso de Relatos Cortos. Relatos ganadores

Edita: Ajuntament de Santa Coloma de Gramenet
Diseño y maquetación: Ana Pozo (Servei de Comunicació Municipal)
Imprime: Impremta Itàlica S.L.

Año: 2019
D.L.: B 8619-2019



Un reconeixement al talent literari de les dones colomenques

El Premi Isabel Alonso forma part de les Jornades Feministes 2019. Enguany arriba a la dotzena edició, i ho fa mantenint la seva comesa de crear i perpetuar un espai viu d'expressió literària per a les dones. Aquest espai, avui consolidat, ha acollit durant aquests anys la il·lusió de moltes dones que, per primera vegada, s'animen a endinsar-se en l'aventura de crear un relat literari. Relats que plasmen vivències, mons imaginaris, inquietuds, reivindicacions o qualsevol altre aspecte que les autores hi vulguin expressar, que són el reflex del talent d'autores amateurs i anònimes, i que ja formen part de la història d'aquest Premi. En les cerimònies de lliurament es pot copsar l'emoció i la il·lusió abocada per les participants.

Tot allò no seria possible sense l'esforç i la bona tasca mantinguda al llarg del temps de la Coordinadora d'Associacions de Dones, promotora d'aquest certamen de relat curt, a la qual volem tornar a dedicar el nostre agraïment més sentit per la seva feina i dedicació a un projecte emblemàtic, que té com a objectiu reconèixer les aportacions de les dones i incorporar la perspectiva de gènere en la vida cultural de la nostra ciutat.

Destacar també la figura d'Isabel Alonso, que fou presidenta de l'Associació de Dones de les Oliveres durant vint anys (1986-2006), a qui recordem cada any amb la celebració d'aquest certamen per tal de retre-li el nostre reconeixement com a dona lluitadora i defensora dels valors igualitaris. Així mateix, vull fer extensiu el reconeixement a tantes i tantes dones que han lluitat des de les seves quotidianitats per fer d'aquest un món més just i amb igualtat de drets.

L'enhorabona a totes les participants, a les que animo especialment a continuar expressant les seves veus a través de la literatura i de les seves fantàstiques creacions. Talent amb segell femení! Moltes felicitats a totes, i endavant!

Núria Parlon

Alcaldessa de Santa Coloma de Gramenet

Hablar de Isabel Alonso es hablar de un pasado muy presente y hablar de un gran referente. Han pasado 12 años desde que aquel 22 de septiembre nos dejara Isabel, pero aún sigue entre nosotros en muchos momentos.

Hoy recordamos una vez más a esta gran mujer, como una gran luchadora, comprometida en la lucha por la igualdad y contra la discriminación. Es importante recordar a Isabel Alonso porque en ella recordamos también a todas las mujeres que han tenido un papel destacado en la defensa de la igualdad y la lucha por conseguir los derechos fundamentales; mujeres luchadora y defensoras de los valores igualitarios, que dedicaron parte de su vida a la lucha para conseguir un mundo sin discriminaciones por razones de sexo.

Gracias el Premio Literario de Relato Corto Isabel Alonso son muchas las mujeres que han decidido escribir y participar en este certamen aportando sus obras, siempre con mirada femenina, humana y en clave de género.

La labor de la Coordinadora d'Associacions de Dones es cumplir con el objetivo de dar voz y visibilidad a las mujeres a través de la expresión literaria, a todas las participantes que año tras año plasman en papel las historias y momentos de su vida, dando calidad a sus vivencias y sumando ideas e inquietudes sobre valores no discriminatorios y libres de estereotipos sexistas.

La literatura como vía cultural y de crecimiento tiene en este certamen un especial significado para todas las mujeres comprometidas con la sociedad y con la ciudad, que dan a conocer con su participación su potencialidad narrativa.

Antonia Ortega Martínez

Presidenta de la Coodinadora d'Associacions de Dones de Santa Coloma



**Amanece
cada noche**

Me apunté a aquel taller de manualidades para conseguir el carné del Servicio Social. Se necesitaba para tramitar documentos y poder acceder a según qué trabajos. Era un deber nacional, impuesto por la dictadura franquista, y dependía de la Sección Femenina —una rama de la Falange española, con Pilar Primo de Rivera al frente—.

Fue constituido en 1934 y lo equiparaban al servicio militar de los hombres. Tuvo su auge al finalizar la Guerra Civil, y había establecido vínculos con la Alemania nazi y la Italia fascista. Su finalidad era la instrucción de las mujeres para ser buenas patriotas, católicas piadosas, excelentes amas de casa y obedientes esposas.

En los años cuarenta muchas fueron recolocadas en bibliotecas, hospitales, residencias de ancianos, comedores infantiles, orfanatos y otras instituciones públicas, a pesar de no tener la formación necesaria para desempeñar estos trabajos. En el Servicio Social se organizaban los talleres escuela, eran de asistencia diaria y se impartían clases sobre pintura, artesanía y en especial cocina y lo relacionado con labores del hogar.

Me fijé en Cruz. Se distinguía entre todas porque tenía más edad que la mayoría.

Mientras nos esmerábamos en nuestras labores, una alumna aplicada y con dotes para la lectura, leía con voz pausada pasa-

jes de Isabel II, Santa Teresa de Jesús y otras. No sé con qué criterio, alguien entendía que eran las más destacadas en la historia de España. Nunca se leyó nada sobre mujeres como Mariana Pineda, ejecutada por bordar en una bandera el lema «Libertad, Igualdad, Ley». Tampoco se relató sobre Clara Campoamor, impulsora del sufragio femenino, o Josefina Carabia, una de las primeras periodistas de los años veinte.

El 1 de abril de 1977, un Real Decreto suprimió la Sección Femenina.

Una de aquellas tardes me llamó la atención la figurita de escayola que pintaba Cruz en tonos ocres. Daba vida a un anciano que sentado parecía esperar que viniera a buscarlo la llamada del más allá. Yo miraba con curiosidad la manualidad de Cruz, pero también me admiraban aquellas manos finas y delicadas. En ese momento no supe que me encontraba con la voz de la experiencia, con la sabiduría y sobre todo con la dignidad. Mis quince años solo me ofrecían capacidad para ver que estaba ante una mujer que procedía de otro lugar; su forma de hablar, sus modales, su porte elegante, todo en ella la hacían diferente. Yo no acababa de darle forma a aquella jirafa de trapo y Cruz se prestó a ayudarme; ahí empezó nuestra amistad.

Los talleres se terminaron y nos despedimos con un hasta pronto.

Siempre que podía pasaba por su casa a saludarla. Recuerdo el olor que impregnaba cada rincón: una mezcla cítrica y a pétalos de rosa. Me invitaba a merendar y le explicaba banalidades de adolescente, el chico que me gustaba y no me hacía ni caso, las excursiones del colegio o el abrigo rojo que había visto en unos grandes almacenes y me quitaba el sueño; también mis inquietudes. Me agradaba la enseñanza pero no confiaba en acabar los estudios. Me atormentaba, más que la clase de matemáticas, la monja violenta que impartía esa asignatura, y seguía explicándole que, si algún día acababa el bachillerato, haría magisterio y solicitaría dar clases en una de esas escuelas que hay en pueblecitos rurales perdidos en el mapa, como lo hacían aquellas antiguas maestras republicanas, maestras a las que el régimen había relegado como represalia por sus ideas. Era parecido a un destierro, el exilio a una aldea donde no llegaban las noticias negras de la guerra; sitios lejanos, muy difíciles de llegar y casi imposibles de salir. Creo que esta última inquietud fue lo que fortaleció su confianza en mí y la necesidad de contarme retazos de su vida.

Había nacido en el año 1920 y tuvo la oportunidad de recibir lecciones de algunas excelentes maestras de la República. Yo tuve la suerte de establecer comunicación con una maestra de la vida. Son situaciones excepcionales que se dan entre

dos personas cuando hay circunstancias que las unen.

Creo importante incluir en este punto unas notas extraídas del libro *Las maestras de la República*. El libro recoge aportaciones valiosas seleccionadas por la Fundación Pablo Iglesias con el fin de contribuir a la difusión de la gran labor que hicieron las mujeres de la República, mostrando su compromiso con la libertad, los derechos y la educación. En sus vidas aunaron rasgos del proyecto político que hoy en día sigue siendo referente y mantiene su vigencia: la lucha por la educación y la libertad.

Para el Gobierno de la Segunda República, el acceso a la escolaridad era la vía para construir una verdadera democracia; de no ser así, los pueblos se verían condenados a una perpetua ignorancia. Configuró un modelo educativo de carácter público, universal, laico, bilingüe, obligatorio y gratuito. Consiguieron que la propia Constitución estipulara el acceso, sin distinción de sexos, a los empleos y cargos públicos, según méritos y capacidades, mientras que los viejos códigos —civil, mercantil y penal— se vieron modificados por la nueva legislación sobre el matrimonio civil, el divorcio, la igualdad entre los hijos legítimos e ilegítimos, la protección de menores y la separación del monopolio de la iglesia en la educación. Habría que destacar los pactos y alianzas que se establecieron para

conseguir derechos, como fue el voto, la coeducación y el trabajo remunerado. El Consejo Supremo Feminista de 1919 integraba un buen número de asociaciones femeninas y feministas. Las maestras republicanas transmitieron el entusiasmo a sus alumnas, incluso en las condiciones más adversas; hicieron de la escuela pública su ideal; pretendieron conseguir una identidad acorde con las tendencias y los valores emergentes de la igualdad, y desempeñaron su labor de educadoras en tiempos de guerra y de silencio pero de esperanza. Luchaban porque la enseñanza llegara a los lugares más remotos.

Intento reconstruir un pasado desmadejando diálogos por aquí y recuerdos por allá.

Cruz hablaba en buen tono, ni alto ni bajo, con mucha claridad y riqueza de lenguaje, dejando por el camino lo más duro y triste. Podía estar recordando algo doloroso pero cuando empezaba a contarle se le hacía un nudo en la garganta y le costaba seguir. Su fortaleza me ayuda a recomponer pedazos de una memoria que, como la de muchas mujeres, no llegó a ser historia porque nunca quiso hacer de su sufrimiento carne de cañón.

El día que pasaron Rosario y Francisco por el viejo orfanato, la niña tenía tres años, correteaba por entre los árboles del huerto, intentaba alcanzar un albaricoque. Era una muñequita risueña y tranquila, de ricitos rubios y una cara angelical, pero en lo que más se fijó el señor Francisco fue en aquellos ojos inteligentes que lo miraban y a los que no pudo resistirse. La cogió en brazos y le dijo a su mujer:

—Rosario, esta criatura pasará a formar parte de nuestra familia.

Era un tres de mayo, día de la Santa Cruz, y para ellos pasó a ser el día en que ya siempre celebrarían su santo y su cumpleaños. Cruz tenía adoración por su padre, hombre afectivo pero insobornable, de valores y principios, enemigo de la injusticia humana. Su línea de pensamiento le llevaba a solidarizarse con la gente humilde, su casa siempre estaba abierta a los más necesitados. Con frecuencia dejaba sin cobrar los encargos y Rosario se enfadaba con él, le recriminaba que regalase su tiempo y trabajo. Él, con buen humor, le decía: «¡Mujer, como quieres que paguen si no tienen ni para comer!».

Para compensar estas pérdidas y ganar algo más de dinero, trabajaba en su casa a la luz de una lámpara de carburo, y le solían ayudar su hija y su mujer a sellar cédulas. Los vecinos estaban intrigados y recelosos

por el extraño ruido que salía de la casa a aquellas horas de la noche hasta que la señora Rosario les desveló el secreto. Se trataba del sonido que producía el tampón al sellar las cédulas. Parecía que estaban cascando nueces. En su afán de que los jóvenes tuvieran un aprendizaje, les daba clases. Algunos de ellos llegaron a formarse como secretarios y maestros.

Todas estas actividades las combinaba con el cariño que procesaba por su familia. Estaba siempre muy pendiente de ellas y de que no faltase lo más imprescindible dentro de las restricciones de aquellos años. Cuando viajaba a la capital volvía cargado de viandas. Nunca olvidaba algún juguete o ropita para su querida niña, un gorro, unas botitas...

Como buen andaluz, el señor Francisco era de carácter alegre. Si se presentaba la ocasión y el trabajo se lo permitía, cogía la guitarra y entonaba algunos versos. Este carácter afable contrastaba con el de su mujer. Rosario era una toledana de fuerte temperamento, poco amiga de relacionarse con los lugareños, pero muy pulcra en las tareas domésticas. Mostraba gran habilidad en toda clase de labores, y cocinaba dulces y un pan buenísimo hecho en el horno con leña de sarmiento; también tenía mucha destreza para tejer prendas de lana, imprescindibles en aquellos fríos inviernos. Cruz me enseñaba fotografías de niñez que daban prueba de ello.

De sus padres adoptivos adquirió unos principios sólidos, que forjaron su personalidad. Su padre le inculcó valores como la generosidad y la dignidad, también el sentido del humor. De su madre, heredó el orden y la organización; aprendió que la pereza es uno de los peores vicios y había que mantenerla alejada.

No había estudiado ninguna carrera pero era intuitiva, tenía una psicología innata. De no ser por las circunstancias adversas y de haber podido cursar estudios universitarios, sin duda, habría escogido la medicina. Siempre tenía remedios infalibles y dotes naturales para aliviar cualquier malestar o dolor. En alguna ocasión la acompañé a la consulta de un traumatólogo y al salir comentaba:

—¡Este médico no tiene vocación ni entiende de huesos! Te despacha con cuatro cajas de pastillas y sin dar explicaciones.

Le molestaba que algunos facultativos trataran a las personas peor que si fueran ganado. Claro, había buenos profesionales de la medicina, pero muchos eran de talante soberbio y engreído. No era igual el trato a familias humildes que el que dispensaban a gente con más recursos.

Sabía escoger muy bien sus amistades. No todo valía para ella, la devoción a los san-

tos no entraba en sus prioridades. Cuando se tropezaba con sotanas negras corría a meterse en algún escondrijo, pensaba en su padre al que había oído decir: «Son fariseos que pactan con el poder». O repetía el dicho: «El hábito no hace al monje».

Cuando tenía quince años ya era una mujer esbelta y muy bella. Había un sacerdote que intentaba convencerla para que ayudase en trabajos de la iglesia, la acosaba continuamente, insinuándose con palabras poco apropiadas. Un día no aguantó más, y arremetió contra él, con el respeto perdido hacia quien ejercía de persona intachable. Le gritó: «¡Váyase al infierno y déjeme en paz!».

Ese mismo hombre predicaba solemne desde el púlpito las virtudes que dignifican a una mujer honrada, exigiendo hasta la saciedad y con voz firme la obediencia y sumisión que le debe la esposa al hombre que trae el sustento y sostiene el pilar de la casa. Según él, esas virtudes eran fundamentales para la forma cristiana de comportarse y para el orgullo del patriarca.

Cruz decidió no pisar nunca más aquella iglesia donde los feligreses se arrodillaban ante impostores que predicaban sermones a la muchedumbre valiéndose de su influencia.

Le molestaba la gente pedante que aparentaba y hablaba pretendiendo ir de sa-

bia y fina sin darse cuenta del bochornoso ridículo en que caían. Sobre esta clase de personas contaba un episodio escuchado en el mercado semanal, donde se vendían productos típicos de la tierra, variedad de verduras, frutas y legumbres. Mientras aguardaba su turno, escuchó la conversación y el regateo de una de esas señoras que se debía tener por culta y refinada.

—¿Señor, a cómo es el *nábido* [nabo]?

—Señora, a *chávido* [chavo, moneda de la época] —contestaba el vendedor con retranca.

Con esta cursilería nos reíamos mucho las dos.

Este sería para ella el episodio más doloroso desde que la sacaron de aquel hospicio. Hablaba con voz tenue. En algún momento yo tenía que estar muy atenta para no dejar escapar ninguna frase por el camino. Habían pasado más de cuarenta años de aquella injusticia, pero percibí en su semblante el temor a que la sombra de algún hombre de los llamados *topo* merodeara detrás de las paredes. Ese miedo lo conocen quienes, con toda crueldad, le habían arrebatado a un ser querido. Solo la llamada de un golpe seco en la puerta, pasada la medianoche, bastaba para que entraran en pánico los que moraban en la casa.

Francisco Ger Calvo, había nacido en Linares (Jaén) en el año 1889. Se quedó huérfano cuando tenía nueve años de edad. Acogieron al niño unos familiares que vivían en Madrid. Le proporcionaron una educación y estudios básicos, que más tarde el joven Francisco, como otros muchachos en aquellos años de carencias, alternaría con la vida laboral, lo que le permitiría poder ayudar a la familia.

Trabajó en una imprenta y se especializó en el oficio de artes gráficas. En 1921 se presentó a unas oposiciones a secretario de Ayuntamiento que, dada su tenacidad en todo lo que emprendía, las aprobó sin mucha dificultad. Ese afán de superación también lo intentaba transmitir a compañeros más atraídos por la noche mundana.

A menudo chocaba con el carácter fuerte de su señora, pero a pesar de sus diferencias tenían ilusión y muchas expectativas por delante. Se trasladaron a Valladolid donde, con su experiencia, encontró trabajo en una imprenta y pudo matricularse en la Universidad de esta ciudad y estudiar la carrera de derecho.

Aceptar la vacante de una plaza como secretario de Ayuntamiento en un pueblo de Zamora no le permitió ejercer de abogado, aunque todo lo aprendido le fue de gran ayuda para su profesión y para los sucesos lamentables ocurridos años más tarde.

En esta ciudad castellana, el señor Francisco y su señora Rosario eran felices viendo crecer a su hijita Cruz que, a su temprana edad, les tenía robado el corazón por las muestras de constantes gracias infantiles con que deleitaba y hacía reír al matrimonio.

La pequeña también se enfadaba a veces, como pasó en una ocasión cuando los invitaron a una boda, y al ver que todos bebían vino y a ella no le daban, emprendió en un ataque de llanto que nadie era capaz de calmar. Para ella, aquello fue como un desprecio. Ahí se perfilaba lo que iría definiendo su personalidad. Es posible que un buen profesional de la psicología hubiera sabido analizar esas reacciones.

Pasado un tiempo, el señor Ger solicitó plaza en el Ayuntamiento de Bencinante. Llegaron en 1925 y allí desempeñó el cargo de secretario hasta 1936, año en que comenzó la Guerra Civil. Todo este tiempo transcurrió con algunos contratiempos políticos, aunque no se auguraba el fatal desenlace.

El señor Francisco, hombre de principios, miraba por los más desprotegidos, y se ganó el respeto y la admiración de muchos, sobre todo de gente de clase obrera. Se implicaba mucho en la vida social y cultural, y hacía lo imposible por fomentar las relaciones cordiales entre los vecinos. Se preocupaba por redactar documentos y constituir estatutos que con el tiempo se convirtie-

ran en reglamentos favorables para todos y que mejoraran la calidad de vida, como la Sociedad Contra Incendios. En 1931 creó, en la zona, la Agrupación Republicana de Izquierdas. Se celebraban reuniones en la casa del pueblo, a las que acudían muchos interesados de los alrededores. Se hablaba especialmente de la lucha de clases, de la explotación que sufrían los obreros por parte de los propietarios de tierras agrícolas. Trabajaban en pésimas condiciones produciendo los bienes que necesita una sociedad, con jornales bajos que no alcanzaban para alimentar a la familia.

El señor Ger era hombre de ideas liberales pero a la vez con talante reformador. Su carácter conciliador le proporcionaba la simpatía y el cariño de la gente. Fueron tiempos en los que se lograron mejoras en toda la comarca, tanto en lo social como en lo político; aunque muchos, egoístamente y por conveniencias, no estaban de acuerdo, y se cuidaban de asistir a estas reuniones abiertas.

En 1933, empezaron las revueltas y se percibía el desencanto republicano. En los corrillos y cafés no se hablaba de otra cosa que no fuera de la situación política.

Acusaciones de unos a otros era el tema principal. Él nunca traicionaría a un amigo, y le costaba creer que alguien pudiera acusarlo por querer justicia para todos. Veía preocupado cómo se desmoronaba un

proyecto de mejoras para el país que tanto había costado construir.

Los ayuntamientos eran uno de los lugares en donde se producían los mayores altercados y enfrentamientos. A menudo, mantenía conversaciones con el alcalde en las que ya quedaba clara la diferencia de pensamiento de uno y otro.

—En esta alcaldía administramos los caudales públicos, no ejercemos la caridad.

El señor Ger no lo entendía así, y se lo hizo saber:

—Ocúpese usted de los ricos, ellos pueden comprar jueces y clérigos para pasar limpios de culpa a la otra vida. Yo procuraré hacer lo que pueda por los más desfavorecidos.

—Esto le puede costar caro. Comulga usted con la revolución y no con los principios del nacionalcatolicismo.

El señor Ger participó en los hechos más trascendentales. Eran tiempos de confusión por todas partes, hasta que el 18 de julio de 1936 llegó el duro momento del golpe de estado franquista.

Se empezaba a temer que las cosas empeoraran, como así pasó. Ya nadie se podía fiar de nadie.

El mismo día del alzamiento, Cruz llegó a casa corriendo, sofocada, hablaba con voz entrecortada, casi no podía articular sonidos.

—¿Dónde está padre?

—¿Qué pasa? Su madre la zarandeaba y le decía que se tranquilizara, pero Cruz, a su corta edad, entendía que algo iba a pasar. Se abrió la puerta y entró el señor Ger con semblante abatido.

Cruz, con voz apagada, intentó pronunciar las palabras que le causarían tremendo dolor.

—Me dice el maestro, el señor Zacarías, que a mi padre no le va a ir nada bien.

El señor Ger habló con su esposa y le comunicó que su vida corría peligro y que lo mejor sería ir a casa de los amigos que tenían en el pueblo de Torres del Enebro hasta que pasara la revuelta.

Hacia la medianoche se dispuso a salir, atravesando campos para no ser visto, y estar a la hora prevista en la estación de Vegas de Luna. El expreso llegaría a las cuatro y veinte. Si todo salía como pensaba, cogería ese tren hasta Ramagüello y, desde allí, en unas cuatro horas, llegaría caminando hacia el pueblo del matrimonio amigo.

Caminaba despacio por el andén. Era alto, elegante, vestía traje de buen corte y, como

siempre, el sombrero ladeado. Cualquiera hubiera pensado que era un hombre de negocios.

¡Cuántas veces la joven Cruz habría recreado aquella noche, aquel escenario en la estación! Pensaba que, a esas horas, en que solo se vislumbran las sombras de los cuerpos, no sería fácil identificar a su padre.

En el momento en que intentaba subir a la escalerilla del tren, fue detenido y, ante la delicada situación, hizo entrega de la pistola; por su cargo tenía el correspondiente permiso de armas. Fue requerido para que de inmediato pusiera a disposición la plaza de secretario y, una vez efectuado el trámite, fue conducido al cuartel de Vegas de Castro para tomarle declaración y seguidamente proceder a su traslado a la cárcel de Las Dehesas hasta la celebración del juicio. En esta cárcel fue retenido Francisco Ger durante poco más de un mes. Era lo que llamaban reclusión temporal.

Durante el tiempo que permaneció en ella, Cruz y su madre fueron tres veces a visitarlo. Al entrar en la ciudad y pasar las murallas, a Cruz le empezaban a temblar las piernas. La señora Rosario casi la tenía que empujar. Era un verdadero calvario ¿Sería el último encuentro con su padre?

La cárcel era fría y sombría. Una ventana de reducidas dimensiones servía de comuni-

cación con el exterior, y solo en algún momento del día permitía que un surco de sol se filtrara por unos instantes. Era imposible acostumbrarse a un lugar de esas condiciones. La sala donde se encontraba con la familia era igual de lúgubre. Al señor Ger le costaba ver las bellas facciones de su hija. Siempre le llevaban lo mismo: pan, queso, carne cocida, fruta y varios pares de camisas blancas y mudas.

Pensaba muchas cosas en la cárcel. Si salía vivo, se dedicaría a ejercer como abogado laboralista y defensor de los más pobres; conocía lo corrupta que era la justicia en aquellos tiempos. Sabía por compañeros que era imposible denunciar las torturas y vejaciones a los detenidos, sobre todo las que recibían los presos políticos.

El 13 de agosto se celebró el juicio. Estaba preparado para declarar en defensa propia y demostrar al jurado su inocencia y la coherencia de sus razonamientos.

Habló durante largo rato. En el proceso no pudo probarse que tuviera nada que ver con las revueltas ni con el Glorioso Movimiento Nacional. Argumentó la igualdad de derechos para los ciudadanos y la no discriminación de clases, pues solo así se podía construir un país de progreso.

Al terminar su declaración, cuando parecía que el tribunal estaba a favor de absolverlo,

entró un emisario con un sobre que entregó al juez. Un breve escrito acusando a Francisco Ger de participar en las revueltas más graves, de estar en contra de las clases pudientes, lo cual suponía un grave peligro para los ciudadanos. Se hizo un breve descanso y a los pocos minutos el tribunal entro de nuevo en la sala. El magistrado sentenció:

—No habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión y se declara pena de muerte para Francisco Ger Calvo.

Cuando salían de la sala, Cruz y su madre se abalanzaron hacia él. Sus últimas palabras para ellas fueron:

—Nunca os metáis en política, para muestra sobra un botón.

A Francisco Ger Calvo lo fusilaron el 14 de agosto de 1936, no hacía ni un mes del comienzo de la guerra. Fue uno de los primeros caídos de la incipiente dictadura.

El juicio al señor Ger fue presenciado por un joven que escribía en un periódico local. Se llamaba Eutimio Álvarez. Pasados unos días de los hechos, quiso visitar a la señora Rosario y a su hija Cruz. Les entregó un periódico donde en un pequeño recuadro aparecía el fusilamiento de Francisco Ger Calvo, secretario del Ayuntamiento de Bencinante. Les relató el desarrollo del juicio, y las dos mujeres escucharon sin pronunciar palabras.

—Pueden estar orgullosas, hizo una declaración en su propia defensa como solo es capaz de hacerlo una persona inteligente y de principios.

La buena voluntad y la dignidad eran características innatas de aquel hombre.

En los meses que siguieron al fusilamiento, las dos mujeres se mostraban abatidas. Salían muy poco de casa. La gente no hablaba de los sucesos de la guerra. Sobrevivían como podían.

Pasados tres años de aquel horror, Cruz conoció al que pasaría a ser su marido. Era un hombre muy guapo y se enamoró enseguida de él. Julián tenía diez años más que ella, pero Cruz, con solo dieciséis años, era una mujer madura y muy sensata.

Al casamiento asistieron la señora Rosario y las hermanas de Julián. Fue una ceremonia sin adornos. La comida era igual a la de cualquier otro domingo.

Habían cogido un pequeño local, y unos albañiles fabricaron en piedra un horno de panadería. Este fue el negocio que siempre tuvieron. Cruz cocinaba el buen pan que le había enseñado su madre. Decía que su secreto consistía en tener una materia prima de calidad, la harina; trabajar con cariño la

masa, y, por último, dejarla reposar como mínimo veinticuatro horas.

Madrugaban mucho para poder empezar a venderlo apenas despuntaba el sol. A medida que pasaba el tiempo, Cruz veía cómo a Julián se le cerraban los ojos y se adormecía con frecuencia a causa de la enfermedad que había contraído años atrás.

Con la ayuda de un trabajador, continuaba amasando unas hogazas elaboradas con harina de trigo y centeno que llegaban a pesar hasta tres kilos. El trabajo suponía mucho sacrificio, pero no podía distraerse. En aquellos tiempos, el pan era un alimento principal en casa de muchas familias. Tenía la responsabilidad y casi la obligación de no descansar ni un solo día de la semana. Había niños y muchas madres que enviaban trozos de aquellas hogazas a los hijos que estaban en el frente.

Tan solo se permitía unos minutos para ver amanecer; aquellos eran momentos especiales para ella, representaban un nuevo día de esperanza. Aunque la vida era difícil, no perdía la ilusión de que algo tendría que cambiar.

Cruz veía con tristeza que su esfuerzo no se veía compensado. Seguía anotando en la libreta de tapas negras el nombre de un nuevo deudor. Eran mujeres que tenían a su marido y a sus hijos luchando en aquella

cruenta guerra que parecía no tener fin. A muchas familias no les alcanzaba ni siquiera para algo tan básico como el pan.

—Señora Cruz —le decían—, la semana que viene pago todas las hogazas que debo.

Muchos no tenían dinero y había quienes se aprovechaban de aquella hambruna.

Mientras, Cruz intentaba salir adelante en medio de aquel caos de miseria y racionamiento a que estaban sometidos. Su marido cargaba sacos de pan y se iba a pueblos cercanos donde los parroquianos esperaban ansiosos a que llegase la furgoneta. Aquella posguerra había dejado en mejor situación a los ganadores del régimen, pero no era así para el bando de izquierdas, aunque no se hablaba apenas de ellos. Parecía ser que aquellos hombres, que habían sobrevivido luchando en la batalla del Ebro o en otros muchos lugares del país y tenían secuelas en el cuerpo y en el alma, no merecían ser tratados con la misma indulgencia. La censura no permitía mencionar a los hombres y mujeres que habían perdido su vida, ni hablar de las torturas o de las familias que habían tenido que exiliarse de ciudades y pueblos bombardeados, de los miles de niños separados de sus padres; no se hablaba ya de los horrores de la contienda.

Lo terrible, aunque el régimen franquista quisiera silenciarlo, era que continuaban

los fusilamientos. Los que habían intentado huir seguían escondidos en algún lugar y eran buscados sin descanso. El Gobierno de Franco había firmado el fin de la guerra, pero la situación no había cambiado para los hombres y mujeres encarcelados.

El transcurrir de los días se percibía con una calma que no era tal. Una de esas personas que se veía obligada a aparentar normalidad detrás del mostrador era Cruz. Nunca hubiera consentido que una mueca de su rostro dejara ver el dolor y la rabia interior que sentía.

Aquella era una mañana de abril como todas las demás, pero rompió esa rutina un hombre que traía sacos de harina. Era la primera vez que lo veía. Cruz observó cómo la miraba, de una forma que rozaba la indiscreción.

—¿Señora Cruz, es usted de Triguillos?

—No sé de dónde soy, pudiera ser que sí, ¿quién lo sabe? ¿Pero por qué me lo pregunta?

—Guarda usted gran parecido con una señora de mi pueblo, es como si fuera su propia hija.

Cruz sintió que un sudor frío recorría todo su cuerpo. Estaba muy nerviosa y llamó a Julián. No daban crédito a lo que les contaba el molinero, todo les parecía irreal.

¿Sería su madre biológica la persona a quien se refería aquel hombre?

Antes de despedirse le pidieron muchos datos de la mujer y, aún sin saber cuánto habría de cierto, le agradecieron la revelación, y el caso es que todo coincidía con lo que le habían contado sus padres adoptivos.

Cruz no podía dejar de pensar en aquella mujer. Ante tanta incertidumbre estaba impaciente por conocerla.

Julián y ella lo habían planificado, viajarían al siguiente domingo hasta Madrid y luego a la localidad del pueblo del molinero.

Cruz tenía veinticinco años, era una mujer muy atractiva. Conservaba la dulzura y los hoyuelos en las mejillas de la infancia, aunque ella no le daba importancia a su físico. En aquellos años se valoraba más la belleza que el intelecto de la mujer.

Le daba vueltas al traje que se iba a poner para ese día, quería causar buena impresión.

Tenía la ventaja de que sabía coser y ella misma confeccionaba la ropa.

Por lo que he podido ver y leer sobre la moda femenina de aquellos años, las mujeres se las ingeniaban para mostrar creatividad a la hora de vestir. No faltaban los atuendos, como sombreros y guantes. Sin

duda, la moda estaba influenciada por las actrices que se veían en las revistas y películas americanas, aunque no todas podían permitirse ir a la última moda, y era entonces cuando tenían que recurrir al ingenio. Cruz llevaba ese día unos zapatos de ante marrón, acordonados hasta el tobillo, las medias de nailon con costura conseguían el efecto de hacer más esbeltas sus piernas. El traje era de tono azul marengo con chaqueta ceñida y dejaba ver en el cuello el lazo de una blusa rosa palo. Todo el conjunto era elegante pero nada ostentoso.

Cuando llegaron a casa de la mujer, Cruz se dio a conocer. Casi al momento, le hicieron saber el motivo de la visita y se disculparon por la intromisión.

Aquella mujer se mostraba fría y distante.

—A usted no la conozco. Yo solo tengo una hija y vive en Francia.

No hubo más diálogo. Julián fue breve en la despedida.

—Señora, ha perdido la ocasión de conocer a una buena persona, a la que no le importan las habladorías. Una mujer íntegra con todo el mundo, pero ante todo con ella misma.

Cruz pertenecía a esa clase de mujeres que hablan en el momento oportuno y rara vez pierden las formas. Poseía el arte de saber estar.

Temblorosa, acertó a decir:

—Adiós, y perdóneme.

Salieron de la casa y, al volver la vista, les pareció ver lágrimas en los ojos de la mujer que se confundían con las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales.

Es posible que aquella desconocida no tuviera otro remedio que hacer lo que hizo. Siempre hay algún motivo pero siempre, y como es habitual, la fragilidad y la vulnerabilidad están al lado de las mujeres.

Cuando a Julián le destinaron a cumplir el servicio militar en África, fue atacado por un tipo de insecto llamado mosca *Tsetse* que le transmitió la infección del sueño. Estos parásitos tipo *Trypanosoma Brucer* producen la forma más grave de la enfermedad. La picadura del insecto propaga la infección a través de la sangre. Los síntomas, a parte de producir somnolencia, hacen que el individuo sufra de fuertes dolores musculares. A medida que va progresando, cualquier esfuerzo, por pequeño que sea, se hace casi imposible.

En esta etapa se produce una complicación que se conoce como *Kerandel*, afecta al sistema cardiovascular, renal y endocrino. Finalmente, el paciente cae en un estado de debilidad que le lleva a entrar en coma.

Los episodios descritos debieron de ser los que sufrió Julián. Después de la prolongada enfermedad, sobre los años sesenta, falleció.

Una vez más, Cruz se quedó sola. Necesitaba continuar, no podía abandonar el negocio. Había finalizado la guerra pero la posguerra estaba siendo muy dura y la panadería era el único recurso que tenía.

Lo llevaba pensando muchas noches, se sacaría el carné de conducir y no dejaría de repartir pan por todos los pueblos a donde había ido Julián durante tantos años. Ahora sería ella quien conduciría la vieja furgoneta.

En la panadería echaban una mano su cuñada Gloria y el joven Ramón. Así fue como el negocio siguió adelante. En aquellos años circulaban pocos vehículos, ver a una mujer conduciendo era una excepción pero, sin duda, Cruz era una mujer excepcional.

Ella podría ser una víctima más, uno de tantos miles de relatos de mujeres a las que les fue robada una vida y que muy probablemente nunca llegaremos a conocer.

Nosotras, las generaciones del presente y del futuro, tenemos la obligación y el de-

ber moral de rastrear y contar su historia, de sacar a la luz sus ideales, airear su ejemplo, y demostrar el inmenso poder que tenían para transformar el mundo.

Un texto descubierto en algún archivo polvoriento no será interesante solo porque lo haya escrito una mujer, sino porque nos permite llegar a conclusiones nuevas sobre cómo se enfrentan en forma literaria a su situación actual, las expectativas vinculadas a su rol, sus temores, sus deseos y las estrategias que adoptan para expresar públicamente su confinamiento en lo personal y en lo privado.

«Una idea clara es un tesoro demasiado valioso para dejar que se pierda»*. El tuyo, Cruz, es de tanto valor y fortaleza que deseo que permanezca. Siempre habrá quien admirara y se alegrará de haberte conocido. En cuanto a mí, espero, allí donde estés, sigas confiando en nuestra amistad...

Marisa Alonso Blanco

* (Caroline Gilman, escritora estadounidense, 1794-1864).



42, par y rojo



Querido Pachu:

Espero que a la llegada de esta carta estés bien de salud. Nosotros, bien. Algunos mejor que otros, pero bien. Te escribo para que sepas mi nueva dirección. No hemos perdido el contacto del todo en estos años pero nunca llegué a contarte el porqué de nuestra partida.

Principalmente, nos vinimos de Mieres porque la *güela* no soportaba cómo mi padre trataba a mamá y entraban en conflicto continuamente. Como era su casa, decidieron —más mi padre que mamá— poner tierra de por medio a ver si se arreglaba la relación. Pero yo ya sabía que nada iba a cambiar. Tú me conoces y sabes que poco me equivoco. Dicen que he heredado el don de la *güela* Ánxela porque en ocasiones intuyo las cosas, las veo venir. Mi padre también lo ha sabido siempre y eso lo ha sacado de sus casillas.

Un día, siendo yo muy pequeña, al entrar en el ascensor me quedé parada mirando fijamente la ranura del suelo que dejaba entrever el hueco del ascensor. Me daba miedo pasar. De forma brusca, me hizo entrar. Al empujarme, se le cayeron las llaves por la ranura de las puertas al hueco. Se enfureció y dijo que era mi culpa y, al zarrandearme, se me cayeron las gafas, con cristallitos de color rojo, que llevaba puestas. Me agaché, gimoteando, y me las volví

a poner. Lo vi todo de color rojo intenso, brillante. Quizás fue a causa de las lágrimas. Cuando llegamos a casa, me tiró las gafas porque decía que me hacían parecer tonta.

Nunca volví a llevar gafas con cristales de colores, pero la luz roja brillante volvía en ocasiones a lo largo de mi infancia y adolescencia, lo iluminaba todo y precedía a alguna circunstancia.

Recuerdo que cuando pasé el sarampión, mamá me aisló en la habitación porque mi padre tenía mucho miedo del contagio ya que él no lo había pasado y era muy aprensivo. Con un pañuelo de seda rojo cubrieron la lamparita de mi habitación, la luz de la estancia era roja brillante. Durante los siete días que estuve recluida, mi padre no se atrevió ni a entrar a verme. Mamá se cambió de habitación porque él no quería dormir con ella si estaba en contacto conmigo, pero no le sirvió de mucho, ya que se contagió y pasó diez días de diarreas hasta que se deshidrató y tuvo que pasar una temporada en el hospital. Pensábamos que se moría, pero no. Cuando salió no quería ni verme, y murmuraba siempre que pasaba cerca de él: «*La neña ye bruxa como la güela*».

Mamá sabía que era cierto, la *güela* y yo teníamos ese don, los que no creen lo llaman intuición. Ella decía que yo era especial, me

contaba que nací azul, y eso me parecía alucinante. Después de unos años, descubrí que era a causa de la cianosis del neonato. Pero sigo sintiéndome extraordinaria. Hay niñas rosas y niñas azules. Yo siempre he sido muy azul, tú lo sabes. Cuando jugábamos en el solar frente a casa, ¿recuerdas?, todos los equipos se peleaban para que jugara de su parte. Era la que más ve- loz corría.

El secreto, quizá, fuera que no tenía miedo a caerme, por lo que siempre tenía las rodillas peladas. Mamá me ponía mercromina de color rojo brillante en las heridas y sanaban muy rápido.

Mi padre siempre ha renegado de mi comportamiento porque, según él, «yera más un mozu qu'una moza». A veces ese era también mi sentimiento porque me identificaba más con las cosas de los chicos y mi aspecto no cumplía mucho con el estereotipo femenino, que dijéramos. Mis robustas piernas, mis pies planos, las botas ortopédicas para las plantillas, los pantalones cortos y el pelo siempre recogido me daban un aspecto masculino. Pero los chicos me gustaban tanto como a ti, Pachu. Que no quiere decir nada, ya sabemos que la identidad sexual va por un lado y la orientación sexual por otro, pero en este caso, aunque mi apariencia no fuera la que se esperaba de una chica, tenía claros mis gustos. Y también me gustaba competir con ellos.

Siempre he tenido una complexión fuerte, y eso me agrada. Comparo mis piernas con dos columnas trajanas que sostienen con firmeza el arco de mis caderas. La *güela* Ánxela me decía que yo era Artemisa porque mi piel era blanca como la luna llena y mi cabello negro como la noche. Ella poseía facultades adivinatorias y era experta en contactar con el más allá para decir si alguien fallecido estaba gozando eternamente en el cielo o si aún penaba en el purgatorio. Era una mujer de aura blanca. Nos queríamos mucho, nos queremos mucho aún. Pese a que murió pocos años después de salir de la ciudad, yo lo supe antes de que avisaran. Volvió el color rojo brillante.

Le dije a mamá que teníamos que volver antes de veinticuatro horas a Mieres, que ella me estaba llamando. La *güela* murió aquella noche. Mi padre dijo que estas intuiciones «yeren tontures míos», pero cuando en la feria del pueblo ganamos dos años seguidos el bote en el bingo popular empezó a interesarse en mi habilidad, y cuando jugaba a la lotería o a la ONCE me preguntaba cuál escogería. Yo siempre respondía lo mismo: «¡42, par y rojo!». Él se enfurecía, dándome una *cogotada* y gritando que solo pedía un número no una jugada de ruleta. Yo seguía en mis trece, con el 42, par y rojo. Él, como siempre, me desacreditaba a mí y, de paso, a mi madre, diciendo que era tan tonta como ella.

Un día, mientras mi madre estaba haciendo la comida, le dijo que íbamos a ir a la sala de tragaperras, a ver si era tan bruja como parecía. A mamá no le gustó un pelo que me quisiera utilizar de esa manera y le dijo que yo era menor. Él la rebatió, pues conocía a Sidru, un amigo que trabajaba allí y nos iba a dejar pasar. Cuando ella me quiso coger, le soltó un bofetón con el revés de la mano que la proyectó a la pared. Salió por la puerta tirando de mí y mascullando que, si era lista de verdad, les solucionaría la vida para siempre. Me puse a llorar, cogió fuertemente mi brazo y me gritó para que callara. Cuando llegamos al salón, pasamos gracias a su amigo de taberna que trabajaba en el local y empezó el peregrinaje de máquina en máquina y de tapiz en tapiz buscando el *42, par y rojo*. Después de dos horas y trescientos euros menos en el bolsillo, volvimos a casa.

La comida estaba hecha y los ojos de mamá estaban hinchados. La luz de la estancia se volvió de color rojo brillante. Mamá me cogió de la mano y me colgó una mochila que tenía preparada y, sin decir más, salimos corriendo de casa hacia la parada del bus. Él salió corriendo detrás de nosotras y casi nos alcanza al llegar a la marquesina, pero tropezó con el patín de un niño que había en la parada y cayó a la calzada.

El B42 con destino a Mieres lo arrolló, dejando un gran charco de sangre roja en la

carretera. Por fin, encontró el 42, par y rojo que tanto buscó.

Desde entonces, mamá y yo vivimos en Langreo. No he vuelto a ver la luz roja brillante. Ahora los colores de mi entorno son el azul del cielo, el verde de los montes de Asturias y el blanco de la luz que me envuelve cuando «contacto». Soy *vedoira*. Tengo un pequeño despacho donde ayudo al crecimiento espiritual con algunas terapias de sanación activa, *shiatsu* y neuropatía.

Me alegraré mucho si vienes a verme. Te paso la dirección, está junto al Mercado de Abastos, en La Felguera.

Calle Celestino Cabeza, 42
Langreo (Asturias)

Un abrazo
Xela



**Me quedo
conmigo**

Y entonces llegó él. El hombre que siempre vuelve. Con su chaqueta de cuero y la mirada más sincera del mundo. Y me destrozó el corazón en quince minutos.

—He venido a por mis cosas —dijo en un tono seco y firme, en cuanto abrí la puerta unos centímetros.

—Están ahí —contesté, con la voz más solemne que me permitían mis cuerdas vocales.

Entró y fue directo a revisar que todas sus pertenencias estuvieran en aquellas dos maletas y una bolsa de deporte que le había dejado preparadas.

—¿Quieres un café y hablamos? —dije buscando su mirada mientras recogía las últimas bolsas con sus cosas—. También tengo cerveza.

—Esto no se arregla con cerveza, Lena —dijo clavando sus pupilas en las mías, y en una fracción de segundo intenté adivinar la posibilidad de un último resquicio al que agarrarme, antes de dejarme caer por completo al vacío—. Pero dame una, tampoco me va a venir mal —dijo antes de que pudiera darme cuenta.

Fui a la cocina y cogí un par de botellas de cerveza que tenía en la nevera. De las buenas, por si venía alguien, por si surgía una

ocasión especial. ¿Y qué hay más especial que el momento en que tu mundo se derrumba por completo?

Cuando volví al comedor, él estaba mirando la estantería donde solían estar nuestras fotos.

—Veo que no has tardado mucho en quitar mis fotos.

Me acerqué a él y le ofrecí la cerveza, haciendo caso omiso del comentario que acababa de escuchar. Él la cogió sin dejar de mirar hacia la estantería. Me acerqué despacio a él y conteniendo la respiración, susurré:

—Desde que te fuiste, han vuelto los demonios.

Él se giró hacia mí y pude sentir de nuevo esa mirada clavándose directamente en mis ojos.

—Yo no me fui. Tú me echaste de tu vida a patadas. Como un perro —soltó furioso, como un rugido.

—Y ahora estás aquí —respondí, sin apartar la mirada.

—Y ahora estoy aquí —contestó él, con un tono que delataba una mezcla de rabia, orgullo herido y resignación.

Durante un rato nos quedamos mirando la estantería vacía donde habían vivido nuestros recuerdos. Tras un silencio que pareció durar décadas, dije:

—Estoy acabada. No soy capaz de encontrar un trabajo que me dure más de un mes y no recuerdo la última vez que escribí algo decente que valiera la pena enseñar a un editor.

—Joder, Lena. ¿Qué coño te ha pasado? ¿Qué ha pasado con la pelirroja que entró en aquel bar y me folló con la mirada? La que no tenía miedo de nada.

—Se ha ido, Jon. Estoy acabada, he perdido el don.

—Qué don ni qué pollas. Estoy harto de tus gilipolleces y tus excusas y de tus putos papeles. Joder, tú y tus papelitos. Quiero que tires toda esa mierda de una puta vez y te pongas a trabajar ya como una persona normal. Hostia puta.

—Este es mi trabajo, Jon. Soy escritora, solo tengo que esperar un poco más, encontrar la chispa, un poquito de inspiración y todo esto se arreglará.

—Tú no vas a arreglar nada en tu puta vida. ¿Dónde están todos esos libros que dices que estás escribiendo? Yo solo veo mierda, Lena, te vas a comer tu propia mierda. No puedes seguir así. Encerrada en esa fantasía que te has montado en la cabeza de que eres escritora. Vuelve al mundo real, joder.

Y allí estaba él. Y esa mirada de realidad desgarrando mi mundo. Y me quedé allí mirando. Y mi boca no podía emitir ningún sonido.

—Maldita sea —siguió—. Si solo pudieras ser un poco más... normal. Una mujer normal, yo solo te pido un poco de cariño. Trabajo muy duro todo el día y lo único que quiero cuando llego a casa es tranquilidad. ¿Es que no puedes vivir tranquila?

—Si solo pudieras comprender por un instante lo que significa ser como yo...

—¿Cómo tú? ¿Qué crees que eres tú? Una puta enferma mental, eso es lo que eres. Te pasas el día metida en tus putas paranoias mentales, te rayas con todo tú sola. En un momento, todo es una mierda y te quieres morir, y al instante siguiente, te estás descojonando. A veces eres como el hielo y otras, la persona más dulce del mundo. ¿Quién coño eres en realidad? ¿Cómo eres? No tienes personalidad propia. Eres una puta montaña rusa y yo a la tercera vuelta tengo ganas de vomitar.

—Lo sé. Nada de lo que hago me sale bien. Me doy asco. Voy a hacerme un porro a ver si se me pasa —dije sarcástica.

Me dirigí hacia la cómoda donde tenía la hierba, dándole la espalda. Mi cuerpo había decidido que la conversación se había acabado ya.

—¿Por qué no intentas cambiar, joder? Hu-yes de todo. ¿Qué harás cuando se te acabe la hierba y el dinero? Cuando se acabe esta tontería de escribir.

—Tú no lo entiendes. Esto no es algo que eliges... —dije, de espaldas, mientras me liaba el *canuto* que iba a sacar a mi mente de allí—. ¿Sabes? Quizás ahí fuera haya otras personas que valoren lo que tanto odias de mí.

—¿Quién? ¿El poeta? —contestó él, con un tono de desprecio y superioridad—. ¡Lo sabía! Ya te lo has follado, ¿no? Anda que has tardado, igual que la última vez que lo dejamos unos días. No sé por qué sigo pensando que puedes cambiar. Tú no vas a cambiar nunca. Nunca vas a ser feliz.

Sin decir nada, me encendí el porro. Sabía que él pretendía hacerme estallar, como tantas otras veces. Y por mi cabeza pasó toda la película de lo que iba a venir después de aquello: la renuncia a mí, la entrega incondicional a él, el sexo frenético, la locura, arder, gozar un instante, un recuerdo incandescente y fugaz. Lo único que tenía que decir es que él era el único y que yo estaba a sus pies para pasar de las noches frías a ser dos cuerpos compartiendo calor. Tentador. Pero no. No con el hombre que siempre vuelve a joderme.

Había vuelto a abstraerme y cuando volví, él estaba en el otro lado de la puerta, con las maletas.

—En fin, me voy. Me voy del barrio también. Quiero empezar de cero. ¿Tú qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Nunca sabes nada.

—Eso es lo único que sé.

Él se dirigió a la puerta y dijo:

—Te voy a decir otra cosa que te va a quedar muy clara: yo te quería y tú me perdiste hace mucho tiempo. La próxima vez que me llames, no voy a contestar.

Eso fue lo último que supe del hombre que siempre volvía.

Cerré la puerta mientras las paredes de mi mundo caían y una catarata de lágrimas me arrastraba hacia el teclado del ordenador. Una gran sonrisa en mi cara delataba que había cruzado la puerta en el instante preciso. Con el procesador de texto abierto, empecé a escribir:

«Y entonces llegó él, el hombre que siempre vuelve...»

ÍNDICE

NOTAS BIOGRÁFICAS	5
SALUTACIÓN DE LA ALCALDESA	7
SALUTACIÓN DE LA PRESIDENTA DE LOS GRUPOS DE MUJERES DE LA CIUDAD	9
PRIMER PREMIO <i>Amanece cada noche</i> Marisa Alonso Blanco	11
SEGUNDO PREMIO <i>42, par y rojo</i> Montse Robles Cabello	41
TERCER PREMIO <i>Me quedo conmigo</i> Anna Tortolero Roldán	49



Ajuntament
de Santa Coloma
de Gramenet

La igualtat *Ens Uneix*

